

Lisa McInerney

LOS MILAGROS DE LA SANGRE

Traducido del inglés por Javier Calvo Perales

Título original: *The Blood Miracles*

Publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2017 por John Murray (Editores), una compañía de Hachette UK.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Lisa McInerney, 2017

© de la traducción: Javier Calvo Perales, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-246-3

Depósito legal: M. 22.877-2018

Printed in Spain

Para Caroline

Esta, como tantas otras cagadas de Ryan Cusack, empieza con el éxtasis.

Empieza en Rotterdam, como pasa a menudo con el éxtasis, donde Daniel Kane, frustrado después de varios meses sintiendo que es el último mono para su proveedor, conoce a un par de tipos de Nápoles. Dan entabla amistad con ellos, en la medida en que se puede entablar amistad con esa clase de chavales, gracias al hachís holandés y al desprecio común por los dignatarios de Rotterdam.

La cosa va a más cuando Ryan vuelve de estar una semana en Nápoles en verano y le comenta de pasada que allí las rulas son mucho mejores, un comentario basado en dos noches de fiesta con cero resaca. La idea germina en el cerebro de Dan hasta convertirse en estrategia. Cuando llega el otoño ya está haciendo averiguaciones preliminares privadas. Para el invierno ya está organizando una visita.

Encontrar éxtasis no es tarea fácil. El mercado ofrece montones de imitaciones del MDMA: PMA, NBOMe, MDE, estimulantes sopas de letras de segunda fila desarrolladas en laboratorios de China. El mercado negro no es un mercado libre. Los consumidores pillan lo que pueden. No siempre les llega metilendioxitetanfetamina. El acceso a la de verdad depende de las capacidades o de los caprichos de los traficantes.

tes, y de los traficantes no siempre te puedes fiar; se dedican a lo que se dedican por dinero; la satisfacción del usuario final solo importa en la medida de cuánto está dispuesto a pagar ese usuario final.

Pero Dan Kane cree que como él nunca va a ser la persona que más pastillas importe, tiene que ser la persona que consiga las mejores. Los márgenes de beneficio no son tan magníficos como los de las sopas de letras de mierda, pero las rulas buenas se mueven deprisa, de forma que Dan gana reputación de tener fármacos artesanales. Es lógico que cambie de proveedor si así puede conseguir mejores pastillas. Su empresa es lo bastante pequeña como para permitirle gestionar la diferencia. Y tiene la suficiente ambición como para capear el temporal. Y Nápoles, en fin. Resulta que en Nápoles tienen mejores rulas. *Qué buena suerte la mía, ¿verdad?*

Porque, por supuesto, está la cuestión de la sangre de Ryan.

A principios de diciembre, a tres meses de que Ryan cumpla veintiún años, después de cinco años y medio de relación con su novia Karine y de unos siete de conocer a Dan, Dan y él están en un pasillo de la tercera planta de un hotel de la ciudad de Cork. Dan, que ha estado nervioso durante el camino, ha adoptado al llegar una lucidez gélida; solo una vez lo ve titubear Ryan en el pasillo, y solo en forma de exhalación, una expulsión enfática de aliento como la que le puedes ver a un corredor de media distancia.

Dan ladea la cabeza y Ryan responde agachando la suya.

—Quédate con todos los matices —dice Dan, y Ryan asiente débilmente, de tan poco espacio que hay entre ellos—. Este no es un trato que se pueda hacer en inglés sencillo —añade.

Ryan sabe que es demasiado tarde para decirlo pero lo dice de todas maneras.

—Sabes que si abres rutas aquí, estarás teniendo tratos con la Camorra. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y eso qué cambia? —pregunta Dan. ¿Qué distingue a una banda callejera de un clan o de una organización? Todo son negocios. Dan ha tratado con mafiosillos ingleses, con productores holandeses, con contrabandistas rusos—. Y si puedo manejar a los rusos, Ryan, puedo manejar a los italianos.

Ryan sabe que a la Camorra no se la maneja. No sabría decir cómo lo ha aprendido ni cuándo lo ha aceptado. Simplemente lo sabe, quizá por los juramentos entre dientes de su madre o quizá porque, en el fondo del todo, está cuerdo.

Dan ladea la cabeza hacia el otro lado.

—Dime que estás bien.

—Estoy bien —miente Ryan.

En una habitación que hace esquina, Ryan se sienta con un napolitano solitario y los dos conversan mientras la ciudad oscurece por debajo de ellos. El MDMA se fabricará en Estonia, se pensará en Nápoles y se enviará a Cork mientras el dinero de Dan hace el viaje en sentido contrario. Habrá contables haciendo runrunear su maquinaria de fondo y convirtiendo lo ilegal en legal; ocultarán detalles y organizarán sobornos, cubrirán los huesos de la operación con un grueso pellejo. Dan guía las preguntas de Ryan. Los demás miembros del círculo interior —Shakespeare, Pender, Cooney y Feehily— están despatarrados en los sillones o apoyados en las paredes. El napolitano ni se inmuta.

Éxtasis, una remesa de prueba de cincuenta mil por cincuenta mil, solo para probar la ruta, toda la pasta por adelantado, una apuesta de cincuenta mil euros por un canal nuevo, y los recelos de Ryan llegan meses tarde.

Estoy bien, se dice a sí mismo, aunque no lo está. Está nervioso y está oxidado. Lleva sin entrar en acción desde el fin de semana de Halloween.

El napolitano le pide que aclare una afirmación que ha hecho. Debe de ser la pronunciación de Ryan, o que se ha comido el final de una palabra, o bien que se ha pasado al *napolitano*. El napolitano abre mucho los ojos. Olor a sangre: se le dilatan los orificios nasales. Se le ensancha la boca. Identifica a Ryan como uno de los suyos.

Estoy bien, se dice Ryan a sí mismo. *Esto está bien*.

Dan estructura meticulosamente las dos semanas siguientes a esta reunión. Manda a Shakespeare —Shane O’Sullivan, sicario, consejero, mano derecha— a que estudie los pormenores con el amigo que tiene en aduanas. Evalúa un viejo edificio de alquiler de Watercourse Road como posible base para almacenar la remesa: comprueba que no haya humedades ni corrientes de aire y tantea a los vecinos. Hace dos envíos vacíos con Cooney y Feehily y se inventa unas cuantas razones de peso para que estén los dos en el puerto de Cork, en Ringaskiddy, durante los días previos a la entrega. Las pastillas han de llegar en el último contenedor procedente de Salerno antes de Navidad: el 23 de diciembre.

Mira más allá del mejor resultado posible: la entrega es un éxito, las pastillas se venden de inmediato y los napolitanos aceptan un precio por pastilla apropiado para una cooperación a largo plazo. Media Irlanda va a querer entrar en el negocio. La pasma y la chavalada, todos en busca de comisión. Harán falta nervios de acero para controlar esos intereses. Va a necesitar confiar del todo en sus capacidades y en su pertenencia a su ciudad. La persona que más le preocupa es el barón del robo Jimmy Phelan —al que a menudo se llama por sus iniciales, una abreviatura nacida del canguelo y la consternación—, que está convencido de que en Cork todo es suyo por defecto. Cuando Jimmy Phelan se entere de la ruta, es casi seguro que maniobrá para quedársela. Dan sabe que es imperativo que la ruta ya esté establecida antes

de que esto pase. Cuanto más tiempo pueda evitar que Phe-lan se entere, más fácil resultará manejar su megalomanía. Y si eso significa vender de momento fuera de la ciudad, pues adelante.

Todos estos puntos se los explica a Ryan una y otra vez en la sala de estar de Ryan durante las sobremesas de la primera mitad de diciembre. Dan está excitado, Dan está nervioso, Dan está decidido, optimista y desesperado.

También parece sorprenderle que el nombramiento de Ryan como traductor no haya mitigado al instante su depresión, como si hubiera esperado que Ryan emergiera de la reunión con el napolitano convertido en su viejo yo.

Al final de esas dos semanas de preparativos, le dice:

—Más te vale ponerte las puñeteras pilas. —Y se lo dice con cierta cordialidad.

Dan solo tiene algún derecho a sentirse frustrado en lo referente a la reciente melancolía de Ryan. Ryan siempre ha rendido. Durante las semanas que pasó a la sombra, su hermano Cian le llevaba patatas fritas y malas noticias a cambio de indicaciones: clientes, puntos de recogida, acreedores y subalternos. Los camellos a los que Ryan provee nunca se han quedado sin producto; Dan nunca ha oído quejas. Pero Dan necesita de Ryan más que una simple línea de ingresos, más incluso que una lengua italiana y sangre napolitana. Dan Kane, que come de forma disciplinada, levanta pesas y se queda con lo que le gusta del budismo y cree en el equilibrio y folla con tías y está orgulloso de la calidad de su cocaína, necesita un apóstol. Necesita alguien que le asegure en todo momento que está haciendo las cosas bien.

Daniel Kane ha trabajado mucho para conseguir que Ryan Cusack esté bien.

Y a escasos días de la fecha de llegada de las pastillas, Dan necesita oír otra vez a Ryan.

Es un sábado a media tarde y Ryan está en casa con Karine, que ha ido a verlo, como hace siempre que puede robar tiempo a sus estudios, para recordarle las diversas cosas que necesita hacer para estar vivo. *Tienes que comer, tienes que hablar, tienes que salir a dar un paseo, tienes que practicar el sexo conmigo.* Hoy le ha dicho que se duche. Los atributos naturales de Ryan le provocan una tendencia espontánea a la vanidad —el término de la vieja jerga de Cork que él siempre le ha oído a su padre para calificar a un vanidoso es «séptico»—, pero desde el fin de semana de Halloween se ha estado olvidando de sí mismo y, en el proceso, acordándose otra vez de sí mismo con sorpresa. Y resulta que la barba le crece bastante deprisa.

Dan le pone un mensaje de texto:

Necesito mandarte a hablar con alguien.

Así que muévete pequeñajo.

El mensaje le llega a Ryan mientras está en el cuarto de baño y Karine lo intercepta. Cuando él vuelve a la habitación, ella está en su cama, sin botas y con las piernas encogidas, con el teléfono de Ryan en la mano y la mirada perdida a lo lejos.

—Te está buscando Dan —le dice.

Le deja coger el teléfono. Ryan lee el mensaje. Le llega en muy mal momento, porque Karine no sabe que ha estado hablando con exportadores napolitanos, y por tanto él no está preparado para que Dan exija su compañía en este momento. Sabe que necesita sentarse, ordenar sus pensamientos y llamar a Dan para pedirle una hora de gracia; necesita explicarle su regreso del exilio a una chica que cree que el exilio es lo mejor para él. Deja el teléfono sobre su escritorio y elige unos vaqueros oscuros, una camiseta ajustada y botas. Ropa de salir.

Se trata de un proceso tortuoso. Se viste despacio y ella lo observa como si estuviera valorando una rehabilitación. Le pasa las manos por el cuerpo; le recoloca el pelo ondulado y corto, le recorre el mentón con los dedos, le pone una palma abierta encima de cada pulmón.

—¿No sabes que eres un desastre? —le dice.

Un desastre en la vida y un lío de sangres. El hijo mayor de Tony Cusack y Maria Cattaneo nació y se crio en la ciudad de Cork y con un acento cantarín habla italiano fluido, napolitano vacilante e hiberno-inglés tosco y rápido. Tiene los ojos del color de la melaza y una piel cetrina que palidece por contigüidad con el Atlántico. Su *nonna*, con distintos grados de sinceridad, encuentra culpables de la palidez de Ryan por todas partes, desde las corrientes de aire hasta el *malocchio*. Mide metro ochenta justo y tiene el pecho un poco más estrecho de lo que debería, ya que el exilio es una de las cosas que deja flaco a un hombre. Su negocio es el de los salvajes pipiolos de todo el mundo: facilitar el movimiento de sustancias embriagadoras ilegales desde su ralea temeraria hasta las manos, bocas y narices de quienes no escarmentan. Finge andares de chulito para esconder el hecho de que le cuesta respirar y de que no duerme bien. Tiene fantasías de futuro; a veces se siente violentamente incompetente; no ha practicado lo bastante como para ser buen tirador.

Ahora tiene delante a su novia de hace casi seis años, tan rubia y luminosa como oscuro y exangüe es él. Ella retira las manos, hace un mohín con los labios y respira.

—Eres un desastre —le repite—. Y si ahora encima te pones a irle detrás a Dan, vas a acabar en la mierda.

—Tengo que volver al trabajo, tía.

—¿Por qué tienes que volver al trabajo? Llevas seis semanas sin hacer nada, Ryan. Y, mira, se las ha apañado sin ti.

Ryan no la puede corregir. Se ha pasado las últimas seis semanas quieto y callado y la mayor parte del tiempo sin salir de casa. Pero eso demuestra lo inocente que es su novia, piensa, porque ella no sospecha que durante todo ese tiempo él ha estado planeando maldades. Karine solo sabe una parte de lo que hace su novio cuando no está con ella. Conoce a Dan porque Ryan ha estado con Dan más tiempo todavía del que ha estado con ella. Sabe que Ryan vende lo bastante como para sacarse una pasta decente. Últimamente esto la ha incomodado. Karine podía consentir aquellas gamberradas cuando él las necesitaba para no pasar hambre. Pero ahora él está forrado y se ha ganado una especie de reputación, y eso a ella no le gusta.

—Quedarme en casa me está haciendo más daño que salir —dice Ryan.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Él la ve cansada, pero, bueno, está de exámenes. Los dos tienen vidas duras, aunque completamente distintas y opuestas.

—Me siento mejor, no sé. Las últimas semanas... Pero ya se acabó, ya lo veo todo más claro.

—¿Lo ves todo más claro? Ryan, intentaste matarte.

—No es verdad.

—Dices que has salido del agujero y todavía no has hecho frente a lo que te metió en él. —Se aparta de Ryan—. Oh, Dios. —Suspira y parpadea mirando el techo.

—Sé lo que pareció. —Ryan intenta cogerle la mano, pero ella levanta las dos y hace un puchero—. Pero no fue eso. Ya me cuesta bastante pasar un par de días sin ti, Karine. ¿Para qué iba a querer alargarlo todavía más?

—¿Por la culpa? No te estaba funcionando muy bien la cabeza precisamente.

Ryan se frota los ojos.

—Te compensaré —le dice.

—Claro. Te tuve que sacar de la tumba, pero, total, me puedes pagar el servicio. Como si fuera parte integral de estar contigo. Uy, sí, mi novio es muy profundo. Tanto que casi acabó a dos metros bajo tierra.

Su hostilidad está justificada. Él se había mostrado incapaz de refrenar lo que debería haber sido una juerga normal y corriente del fin de semana de Halloween y había caído en el exceso: varias copas de más para una constitución debilitada por los secretos, la apostasía y la automedicación. La ansiedad ya estaba allí de entrada. Todo el mundo le dice a Ryan que es clavado a Tony, su vivo retrato, calcado, como si después de casi veintidós años esto todavía le pudiera pillar de nuevas. Estaba destinado a pasar. Tony le había salido de dentro, no solo el pelo oscuro y los ojos oscuros y la sonrisa lenta, sino también la cólera, las lágrimas y los nudillos. Ryan se estaba peleando con su novia; ella lo sacó de sus casillas y él le levantó los puños. No llegó a pegarle, pero estuvo cerca. La inmovilizó contra la pared y apuntó al yeso.

—¿Qué te ha entrado? —dijo ella, llorando, y pocas horas después los médicos de urgencias le dieron la respuesta: cocaína, dijeron. Alcohol. Paracetamol.

Ese fue el inicio de sus seis semanas de estupor: Ryan quedó desconectado de la realidad por culpa de los recuerdos a medias y aturdido por haber cometido una equivocación tan atroz. Ahora está razonablemente seguro de que en ningún momento tuvo intención de tomarse una sobredosis. Sabe cuánto tiempo tarda en matarte el paracetamol, de forma que no tiene ningún sentido que lo eligiera.

Da por sentado que simplemente estaba borracho y melancólico a raíz de otra pelea con la parienta, pero en ningún momento la culpó a ella, ni siquiera en los momentos de más oscuridad; Karine no había tenido nada que ver con su furio-

so emborronamiento del bello legado de ellos dos y de los millones de cosas que ella siempre hace bien. Él la ha dejado hecha polvo; ella pulula a su lado, llorosa y dolida, y su propia complicidad la enfurece, y su furia la avergüenza. Ha habido médicos repitiendo palabras siniestras como «episodio» y derivándolo a psiquiatras o psicólogos o lo que sean, y Karine se lo tiene que tomar todo en serio porque ya casi es enfermera. Ella estuvo con él en la farmacia, esperando la bolsa de papel llena de esos fármacos que nadie quiere que él se tome por diversión, unos fármacos que él no se ha tomado y tampoco se quiere tomar. Ella le ha comprado un cuaderno y lo intenta persuadir para que apunte las agonías que no puede expresar de otra forma. *Apunta cómo te sientes*, le indica. *No sé, escribe sobre canciones que te hagan sentir cosas. Si no quieres hablar conmigo, escíbeme; escribe a alguien, a quien sea.* Ella intenta recomponerlo.

Soy un desastre, le quiere decir él, soy un desastre y quiero que tú me recompongas, quiero cambiar de rumbo, quiero irme del país, quiero deshacer lo que te hice, quiero enterrarlo en el Vesubio.

Pero lo que termina haciendo es acercarse a ella e intentar simular con sus actos buena salud y normalidad; la besa de forma insistente y se asegura su cooperación; le coge los brazos y se los pone en torno al cuello.

Calor, piel, sudor. Karine lo reprende mientras los cuerpos de ambos se empiezan a deslizar. Le dice que ella no lo puede arreglar si él no hace el trabajo necesario. Le recuerda que ella se va a graduar el año que viene. Sus caminos amenazan con separarse; ¿acaso él no lo sabe? Celestial bajo el resplandor pálido de la lámpara que Ryan tiene en el suelo al lado de la cama, Karine le declara su amor. Detrás de sus hombros centellean las partes de sí misma que ella ha dejado en la cajonera de él. Un cepillo para el pelo, un bote de desodorante,

desmaquillador y bolas de algodón. Dos botes de esmalte de uñas color pastel. Y hay más cosas metidas en uno de los cajones: calcetines mullidos y camisetas y tampones y un secador de pelo. Las cosas más obvias de la habitación pertenecen a Ryan, platos de DJ, un piano digital, hardware negro y voluminoso de ese que les gusta a los tíos, pero la habitación es un espacio de ella tanto como de él.

Entre respiraciones más profundas y lentas, Ryan le declara su amor también, le dice que la quiere más.

—Si me quieres, déjalo. O sea, ahora mismo.

—¿Que deje qué?

—Deja de trapichear.

Él le pega la boca al cuello y nota sabor a sal.

El teléfono suena cuando Ryan está recuperando el aliento con la cara pegada al hombro de ella, que se dedica a trazarle círculos en el pescuezo. Fuera alguien grita *¡Vale, cariño!* y se cierra la portezuela de un coche, y una furgoneta pasa re-tumbando y se oye un zumbido en la parte de atrás de la casa que quiere decir que se ha encendido la calefacción. Ryan se aparta de ella. Karine se aferra a su costado.

—No contestes —le dice ella—. Déjalo sonar.

Pero él tiene que contestar, porque se lo exige la normalidad.